

# EL GENIO MILITAR

Adaptación hecha por la Escuela Superior de Guerra de un Capítulo magistral que, en su obra "De la Guerra", Carl Von Clausewitz, dedica al estudio de las cualidades y virtudes militares.

Cada actividad especial necesita, si ha de desarrollarse con cierta virtuosidad, especial disposición de la inteligencia y del ánimo. Donde se manifiesta excepcional, en alto grado, y por extraordinarias producciones, el espíritu a que pertenece se distingue con el nombre de genio.

Sabido es que a esta palabra se le dan diversas acepciones en extensión y sentido, y que en muchas de ellas es ardua empresa señalar la esencia del genio; más no presentándonos como filósofos ni gramáticos, entendemos por genio, las excepcionales facultades del espíritu para ciertas actividades.

Nos detendremos unos momentos en esta facultad y categoría del espíritu para explicar mejor su justificación y profundizar más en el contenido del concepto. Pero no lo haremos ante el propio genio, el determinado por un talento extraordinario, pues tal concepto no tiene límites definidos, sino que debemos fijarnos principalmente en toda orientación común de las facultades del alma hacia la actividad militar, orientación que entonces podemos mirar como esencia del genio militar. Decimos común porque en ello estriba el genio que no es una facultad aislada, sino que es un conjunto armónico de facultades en el que puede predominar una u otra de ellas, pero sin que se opongan en lo más mínimo.

Vamos a examinar más de cerca esas facultades espirituales, para así descubrir cuán grande es la participación que las fuerzas intelectuales tienen en la magnitud del genio militar.

## EL VALOR.

La guerra es la comarca del peligro y, por tanto, el valor la primera y más importante propiedad del militar.

De dos clases es el valor: valor ante el peligro personal y valor de responsabilidad; sea ante el tribunal de algún poder externo o ante el interno, esto es, la conciencia. Sólo del primero vamos a hablar aquí.

El valor que se opone al peligro personal es a su vez de dos clases: primeramente puede ser indiferencia ante el peligro, ya proceda del temperamento del individuo, del menosprecio de la vida o de la costumbre, y en todos los casos puede apreciarse como un estado permanente.

En segundo lugar, puede provenir el valor de motivos positivos como la honrada ambición, el amor a la patria y el entusiasmo de cualquier clase. En este caso, el valor es, más que un estado, un movimiento del ánimo, un sentimiento.

Se comprende que ambas clases obran de manera distinta. La primera es más segura, porque, convertida en segunda naturaleza, no abandona al hombre nunca; la segunda lleva muchas veces más allá. A la primera pertenece la tenacidad; a la segunda la temeridad. La primera no afecta al raciocinio; la segunda algunas veces lo estimula, las más lo embota. Las dos unidas constituyen el perfecto valor.

La guerra es el campo de los esfuerzos y sufrimientos físicos; necesita para su existencia ciertas fuerzas físicas y morales que utiliza indiferentemente, ya sean innatas o adquiridas por la práctica. Con tales propiedades, y bajo la dirección de un sano juicio, el hombre es útil y apropiado para la guerra, y esas propiedades son las que se encuentran tan generalizadas en los pueblos salvajes o semicivilizados.

## EL RACIOCINIO.

Si proseguimos con las exigencias de la guerra, nos encontramos con el dominio del raciocinio. La guerra es la comarca de la incertidumbre y del azar; las tres cuartas partes de aquellas cosas en que se basa la acción en la guerra, yacen envueltas

en la niebla de una mayor o menor incertidumbre. Es indispensable, pues, un entendimiento exacto y penetrante para llegar a sentir la verdad con el tacto de un juicio.

Aquella inseguridad en todas las noticias e hipótesis, y la constante intromisión del azar, hacen que en la guerra se aparezcan sin cesar las cosas de manera distinta a como se las esperaba, cosa que no puede menos de ejercer influencia en el plan o en las concepciones correspondientes a estos planes. Si esta influencia es lo bastante grande para desechar los proyectos concebidos, generalmente deberán ser substituidos por otros para los que faltarán datos en el momento, ya que en el curso de la acción las circunstancias casi siempre exigen una pronta decisión y no dejan tiempo para examinarlas de nuevo y, muchas veces, ni aún el necesario para reflexionar con madurez. Pero es mucho más frecuente que ni la rectificación de las concepciones, ni el conocimiento de esos casos imprevistos acaecidos sean suficientes para derribar por completo nuestros proyectos, sino para dejarlos oscilantes.

El conocimiento de las circunstancias se habrá aumentado pero la incertidumbre no habría disminuido, sino aumentado también. La causa consiste en que estas experiencias no se adquieren de una vez, sino progresivamente; en que nuestras decisiones no cesan de ser asaltadas por aquellas y la inteligencia debe estar siempre, por decirlo así, sobre las armas. Si la inteligencia ha de mantener felizmente esta constante —lucha con lo inesperado—, le son indispensables dos propiedades: una, el raciocinio, para que aun en esa obscuridad no carezca de algunos detalles de luz que la conduzcan a la verdad, y otra, el valor necesario para seguir a esa luz tan tenue.

## LA DECISION.

La decisión es un acto de valor en los casos aislados; si llega a ser rasgo característico, un hábito del alma. Pero aquí no se trata de valor ante el peligro corporal, sino el valor de la responsabilidad que es pues, en cierto modo, ante un peligro del alma. Se le ha denominado frecuentemente "courage d'esprit", porque nace en la razón, más no es por esto acto alguno de ra-

ciocinio, sino del ánimo. El mero raciocinio no supone valor, pues, con frecuencia se ve que gente de claro juicio no tiene decisión. La razón, pues, debe despertar el sentimiento del valor, para ser mantenida y conducida por el mismo, porque en la urgencia del momento dominan a los hombres los sentimientos más que las ideas.

Esta decisión que vence a un estado de duda, puede promoverla únicamente el raciocinio y precisamente una disposición especial del mismo. Nosotros sostenemos que la mera reunión de altas miras y de los sentimientos necesarios no constituye siempre la resolución. Hay personas que poseen la más preciosa visión para los asuntos difíciles, a las que no falta el valor de tomar mucho a su cargo y que, sin embargo, carecen de decisión en casos difíciles. Su valor y su penetración permanecen aislados sin ofrecerse la mano para producir la decisión. La resolución se origina, primeramente, en un acto de raciocinio que lleva al convencimiento de la necesidad de atreverse y, por tanto obliga a la voluntad. Esta especial disposición del entendimiento que combate toda especie de temor en los hombres, con el temor de la tardanza y la indecisión, es la que determina la decisión en los ánimos fuertes; por tal razón, hombres de escaso raciocinio no pueden ser decididos en el sentido expuesto. En casos difíciles pueden obrar sin indecisión; pero lo hacen irreflexivamente, y claro está que, procediendo sin reflexión, no se duda. Tal modo de obrar puede coincidir alguna vez con el acertado; pero decimos aquí lo antes indicado: el éxito final (promedio de éxitos), es el que pone de manifiesto la existencia del genio militar. A los que sorprenda nuestra aseveración, por conocer muchos oficiales decididos, sin que sean profundos pensadores, recordaremos que aquí se trata de una especial disposición del entendimiento y no de una intensa meditación.

Creemos, pues, que la decisión debe su existencia a una disposición especial del entendimiento, la que precisamente más bien es propia de cerebros enérgicos y brillantes, y podríamos justificar esta genealogía de la decisión en gran número de ejemplos, en que hombres que habían mostrado gran resolución en puestos inferiores la han perdido al llegar a los elevados. A pesar de sentir la necesidad de decidirse, como ven los peligros que lleva consigo una resolución desacertada, y no estando

familiarizados con las cosas que ante ellos se presentan, su entendimiento pierde la primitiva energía, y son tanto más indecisos cuanto mayor es el conocimiento del peligro de la irresolución en que están enterrados.

## LA VOLUNTAD.

Mientras una tropa lucha animosamente con gusto y ligereza, no se presenta ocasión de desarrollar gran fuerza de voluntad en la consecución del objetivo; cuando, empero, las circunstancias son difíciles, lo que puede menos de suceder cuando se exigen esfuerzos extraordinarios, la cosa ya no marcha como una máquina bien engrasada, sino que empieza a ofrecer resistencia que toca vencer a la fuerza de voluntad del general. No debe suponerse en la resistencia de que hablamos desobediencia, y réplica, aunque así se verifique muchas veces en los individuos aislados, sino la impresión de conjunto que retrata el agotamiento de las fuerzas físicas y morales, el desolador espectáculo del sangriento sacrificio, impresiones que debe combatir el general, tanto en sí mismo, como en todos aquellos que puedan comunicarle sus impresiones, sus juicios, temores y tendencias.

Al compás que se extinguen las energías individuales, a las que ya no incita ni arrastra la propia voluntad, la inercia de la masa toda va haciéndose sentir poco a poco sobre la voluntad del general; en el entusiasmo de su pecho y en la luz de su inteligencia debe encenderse de nuevo la intención decidida y con ella el faro de la esperanza de todos los demás; mientras posea tal capacidad, puede contar con las masas y mantener su dominio sobre ellas; mas tan pronto como esto cese y el propio valor no tenga la fuerza suficiente para reanimar el valor colectivo, se sentirá atraído por las masas a la baja región de la naturaleza animal, que retrocede ante el peligro y desconoce la vergüenza. Tales son las resistencias que debe vencer en el combate el valor y el temple de alma del general si quiere que su acción dé brillante resultado. Las resistencias dichas crecen con la masa; por eso las facultades deben aumentar con la importancia de los mandos si han de conservarse proporcionales a aquellas.

Esta diferencia en la constitución de los caracteres reside probablemente en los límites de las fuerzas corporales que animan al organismo humano, perteneciendo a la naturaleza del sistema nervioso la que por un lado parece enlazada a la materia y por otro al espíritu. No pretendemos con nuestra débil filosofía ir más allá en este campo. Es importante, sin embargo, que nos detengamos un momento, para ver qué influencia puede ejercer esta distinta naturaleza de espíritu.

No es fácil hacer perder el equilibrio a los indolentes, más no podemos llamar fortaleza de espíritu la suya, ya que falta toda manifestación de fuerza. No debe desconocerse, sin embargo, que tales hombres, por su constante equilibrio, poseen cierta particular idoneidad para la guerra. Les falta muchas veces el motivo positivo para obrar, el impulso y, por tanto, actividad, pero no malogran fácilmente nada.

La particularidad de los de la segunda clase es como, impulsados a obrar por asuntos nimios, les abruma pronto los grandes. Personas de esta clase muestran una viva actividad para reparar un fracaso aislado; más cuando la desgracia se ceba en un pueblo entero, impresionados tristemente, no se sienten dispuestos a obrar. En la guerra no faltará a tales hombres ni actividad ni equilibrio, pero no llevarán a cabo ninguna gran empresa a no ser que, dotados de un poderoso entendimiento tuvieran de antemano motivos de hacerlo. Pero es raro que a tal carácter se ligue un sentimiento poderoso e independiente.

Los sentimientos efervescentes e inflamables, no son muy apropiados para la vida práctica, ni, por tanto, para la guerra. Tienen el mérito de vigorosos impulsos, pero no son duraderos. Mientras la impulsión se manifieste en tales personas, en la dirección del valor y de la honrada ambición, puede ser muy útil en la guerra, en los empleos inferiores, por la sencilla razón de ser el acto guerrero propio de un jefe de cargo inferior, de mucha menor duración, tanto, que muchas veces basta una intrépida decisión, una oleada de las fuerzas espirituales. Un asalto temerario, un entusiasta ¡adelante! es obra de pocos minutos; una reñida batalla, obra de un día entero; una campaña, obra de un año.

Lo repetimos, pues: un ánimo fuerte no es aquél que simplemente es capaz de fuertes emociones, sino el que con ocasión

de ellas, conserva el equilibrio de tal modo que, a pesar de los repetidos asaltos al seno de la previsión y del convencimiento, al igual que la aguja de la brújula en el barco movido por la tempestad, cumple tranquilamente las leyes naturales del fenómeno.

### EL CARACTER.

Con el nombre de firmeza de carácter, o, generalmente, de carácter se distingue la tenaz adhesión a su convicción, sea el resultado de apreciación propia o ajena, y pertenezca o no a principios, ideas, datos del momento o actos de raciocinio. Pero esta firmeza no puede manifestarse cuando las apreciaciones están sometidas a cambios frecuentes, cambios que no es preciso sean consecuencia de influencia extraña, sino que también pueden ser provocados por la persistente actividad del entendimiento, si bien esto significa claramente la inseguridad propia del mismo.

En la guerra más que en ramo alguno de la actividad humana, hay más invitaciones para abandonar el camino emprendido y más probabilidades de equivocarse y equivocarse a otros, dadas las numerosas e intensas impresiones que recibe el ánimo y la inseguridad de toda noticia o suposición.

El desgarrador espectáculo de peligros y sufrimientos hace que el sentimiento adquiera predominio sobre la persuasión racional, y en el crepúsculo que envuelve a todos los hechos, es tan difícil adquirir ideas claras y definidas, que el cambio de éstas se hace comprensible y perdonable. No existe nunca más que una suposición, un pensamiento de la verdad, y conforme a él debe procederse. Por eso, en ningún sitio como en la guerra, hay mayor diferencia de opiniones, y jamás cesa el torrente de impresiones dirigidas contra el convencimiento propio.

Al privilegio que en los casos dudosos otorgamos a nuestras convicciones primitivas y a la perseverancia en las mismas, debe la ejecución esa firmeza y continuidad que llamamos carácter.

Fácilmente se concibe cuánto favorece a la firmeza de carácter el equilibrio del ánimo, por eso la mayor parte de las personas de gran temple de alma tienen mucho carácter.

La firmeza de carácter puede degenerar en obstinación.

En casos concretos resulta difícil precisar dónde cesa aquella y empieza la última, cosa que, por el contrario, parece fácil cuando se trata de fijar los conceptos.

La obstinación es un efecto del ánimo. Esta inflexibilidad de la voluntad y esta susceptibilidad ante los argumentos ajenos tienen su origen en un egoísmo particular que prefiere sobre todas las cosas el placer de bastarse a sí mismo y atender a los demás con su propia actividad intelectual. La llamaríamos una especie de vanidad, si no fuera algo mejor; la vanidad se contenta con las apariencias; la obstinación, en cambio, descansa en el placer de la realización.

Decimos, pues, que la firmeza de carácter degenera en obstinación, tan pronto como la resistencia al criterio ajeno no se origina por un nuevo convencimiento, ni por la confianza en un principio superior, sino por su sentimiento de resistencia. Aunque, como ya hemos anticipado, esta definición tiene escasa utilidad práctica, sin embargo, evitará que confundamos la obstinación con una simple gradación de la firmeza de carácter, siendo así que son cosas esencialmente distintas, si bien es verdad que yacen inmediatas y se limitan; más en modo alguno puede ser una gradación superior de la firmeza de carácter cuando hay hombres obstinados que, sin embargo, por falta de entendimiento, tienen poca firmeza de carácter.

## EL GENIO MILITAR.

Con esto creemos haber considerado aquellas manifestaciones de las facultades intelectuales y espirituales que la actividad militar exige a la naturaleza humana. En todas partes aparece la razón como una esencial fuerza colaboradora; así se explica que acciones guerreras sencillas y simples, no puedan llevarse a efecto de manera notable por gente que no tenga un claro entendimiento.

Con este criterio ya no consideramos como obra de un gran esfuerzo intelectual el rodear una posición enemiga, operación natural, mil veces ejecutada, y otras cien análogas.

Ordinariamente acostumbramos a imaginar al simple, hábil soldado, como la antítesis de los cerebros reflexivos, ricos en ideas, expeditivos y de los espíritus en que brilla una com-

pleta erudición; bien es verdad que esta antítesis no está desprovista de realidad, pero no prueba que la idoneidad del soldado consista únicamente en su valor, y que no necesite también cierta especial actividad y particular disposición del cerebro para ser lo que comúnmente se llama una buena espada. Insistiremos en lo mismo, pues nada más frecuente que ejemplos de hombres que perdieron su actividad tan pronto como llegaron a los empleos superiores, pues su criterio no llegó a dominar la situación; no debemos olvidar que hablamos de excelentes resultados, de aquellos que dan renombre en el ramo de la actividad a que pertenecen. Cada escalón jerárquico del mando en la milicia forma una esfera propia, con las facultades del espíritu exigibles, con su gloria y su honor.

Existe una gran distancia entre un general en jefe, esto es, el general al que esté encomendada la dirección de toda una guerra o de las operaciones en uno de los teatros y la jerarquía inmediata inferior bajo su mando, por la sencilla razón de que quien desempeñe este cargo, está sometido a una dirección y vigilancia mucho más próxima, quedando para su actividad espiritual un círculo mucho menor.

Desde el momento que aun en los empleos inferiores exigimos relevantes facultades del espíritu al que deba pasar por distinguido, facultades que incrementamos en cada escalón superior, se deduce claramente que tenemos una opinión completamente distinta de los hombres que desempeñan con éxito segundos cargos en un ejército, y su aparente simplicidad, al compararlos con el enciclopédico, con el activo hombre de negocios o con el estadista, no debe equivocarnos sobre la naturaleza relevante de su activa inteligencia. Sucede algunas veces que acompaña a ciertos hombres a los empleos superiores la fama conquistada en los inferiores, sin que la merezcan realmente; pero si en ellos se les utiliza pocas veces, no corren peligro de comprometerse, y, por tanto, no llega el juicio a precisar qué clase de fama les corresponde; así es cómo tales hombres originan con frecuencia que se tenga un pobre concepto de su personalidad, que en determinados puestos podría brillar todavía.

En la milicia, por tanto, de abajo a arriba, corresponde a los servicios distinguidos un genio peculiar. La historia y el juicio de la posteridad aplican exclusivamente la denominación

de genio a aquellos espíritus que han brillado en primer término, esto es, en los puestos de general en jefe. La causa reside en que, en ellos, las exigencias de inteligencia y espíritu son mucho mayores.

Para llevar a feliz término toda una guerra o sus actos más importantes, que llamamos campañas, precisa un profundo criterio en altas razones de Estado. Dirección de la guerra y política obran de consuno; el general en jefe se hace también estadista.

Para hacer sentir lo que aquí se quiere acertar y abarcar con una mirada podemos afirmar con toda seguridad que el general se hace hombre de Estado, pero no debe cesar de ser lo primero; abarca de una mirada, por una parte, todos los asuntos de Estado; por otra, debe tener conciencia exacta de cuánto puede ejecutar con los medios de acción que tiene en su mano.

Lo que aquí se pretende de las elevadas facultades es unidad y juicio, condensados en maravillosa ojeada intelectual que, en su rápido vuelo, remueva y separe mil ideas confusas que una inteligencia común sólo sacaría a la luz con gran trabajo, después de agotarse en él. Mas esa excepcional actividad intelectual, ese destello del genio, no llegaría a ser realidad histórica si no le acompañaran las cualidades de carácter y de ánimo de que nos hemos ocupado.

La verdad, como motivo, es para los hombres sumamente débil; de aquí que exista siempre una gran diferencia entre conocerla y estar dispuesto a aplicarla, saberla y ser capaz de ponerla en práctica. La impulsión más poderosa que recibe el hombre para obrar, es siempre la de sus sentimientos, y el obstinado mantenimiento de la acción es producido por aquellas aleaciones de ánimo e inteligencia que hemos examinado al tratar de la resolución, firmeza, tenacidad y firmeza de carácter.

Si queremos, por fin, sin detenernos en precisar más las altas facultades espirituales, dejar subsistir la diferencia de intelectos que las ideas en uso han fijado en el lenguaje, y nos preguntamos entonces, ¿qué clase es la que conviene al genio militar?; tanto la observación del asunto en cuestión como la experiencia, nos dirán que a las inteligencias reflexivas, universales y tranquilas, más bien que a las creadoras, particulares y ardientes, puede confiarse en la guerra la suerte de nuestros hijos y hermanos, y el honor y la seguridad de la Patria.